

Entre otras cosas el Pregonero de la Semana Santa en Madrid en el año 1973, dijo:

«No vale la pena lo que no cuesta. Hay que poner inteligencia, corazón y nervio en lo que se hace. Hay que estar en ése que se hace y hay que hacerlo bien.

Eso se llama reciedumbre.

Jesús, cuando siente que más le pesa su Cruz, con más fuerza se agarra a ella, no para despertar compasión y misericordia ante los testigos bullangueros que vociferan y le escoltan camino del Calvario, sino para que quede evidentemente clara su reciedumbre ante el dolor, ante la burla, el escarnio, el falso testimonio y las acusaciones injustas.

No se trata, hoy y ahora, hombres y mujeres de Daimiel, de que todos nos empalaguemos el alma con la estéril glosa de las recordaciones y la infecunda e irrelevante vía de la emoción en esta Semana Santa.

Se trata de que los cristianos deben estar en la vanguardia de la justicia, de la caridad, de la libertad y de la esperanza.

Se trata de que los cristianos seamos capaces de reflexionar sobre si nuestro cristianismo se traduce en un estilo, en una actitud y en un quehacer serio y responsable, acordes con las exigencias y las necesidades de la humanidad actual.

El mismo empeño que ponemos en desfilar con nuestras cofradías y sacar en procesión los pasos hay que ponerlo en levantar las cruces de los demás; de lo contrario, mejor es que nos quedáramos, como las Vírgenes necias, custodiando siempre la luz que habíamos guardado debajo del celemín.

Así es como hay que acentuar vigorosamente el carácter del mensaje de Cristo a través de un sentido sobrenatural y a través de una opción de convocatoria permanente de los valores humanos que los hombres y las mujeres de Daimiel vamos a continuar dándole, con elegancia de espíritu y con una resuelta voluntad por continuar adelante, con el peso de la Cruz, después de cada caída».